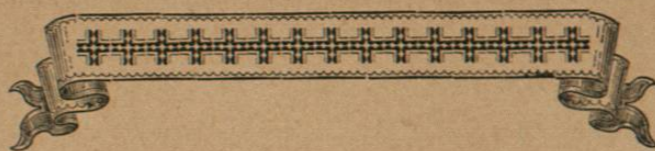


SERMÓN
PARA LA FESTIVIDAD DE LOS DESPOSORIOS
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA



Jacob genuit Joseph, virum Mariae.

Jacob engendró á José, Esposo de
María.

MATTH., I, 16.

Todos aquellos pueblos en donde es acatada la creencia del verdadero Dios, con la fe de sus misterios, con la majestad de su culto, con la santidad de sus preceptos y sus máximas, presentan en sus más altas instituciones la grandeza y la hermosura; al paso que allí donde se desconoce ó se olvida la idea de un solo Dios Omnipotente, y son entronizados los ídolos, ora representados por falsas divinidades, ora en forma de monstruosas pasiones, las ciudades y los imperios se corrompen y degradan, aun bajo el aspecto seductor de civilizaciones mentidas, hasta venir á las amargas horas de su decadencia y su ruina. Pero esta verdad tan clara y manifiesta, que se extiende á todas las razas humanas, á todas las

esferas de la existencia de un pueblo, y á todo el orden moral de la vida de los individuos, se hace más avallasadora y patente cuando se trata de aquella institución nobilísima, que obtiene necesariamente entre todas el cetro de la Soberanía; porque, siendo de institución divina, transmite y perpetúa la vida de las generaciones; es una con la unidad de la naturaleza y con la unidad de la gracia; es perdurable en el alma, como el sol en el espacio; es dulce y consoladora en los hogares creyentes, como rocío del cielo; es paz y concordia, y fortaleza y ventura en nuestra peregrinación sobre la tierra; es santificación de nuestro ser, y gloria del Altísimo, y esperanza de recompensas infinitas. Refiérome, Señores, á la excelsa institución del Matrimonio.

Limitándonos en este instante nosotros á las edades antiguas, diremos que la radiante luz de aquella unión sublime de los dos primeros vivientes, unión que el mismo Dios consagraba en el Paraíso, esparció tan fúlgidos destellos sobre todas las regiones y todos los siglos, que no hubo delirio en la inteligencia, ni iniquidad en el corazón, suficientemente capaces para extinguirlos por completo en las sociedades humanas. Los execrables abusos del libre albedrío del hombre, castigados con aquel diluvio vengador, no explicado por la ciencia; la idolatría, que en unos pueblos surgió de la ignorancia, en otros de la soberbia, en otros de los sentidos; la ola, siempre creciente y

aterradora en el mundo pagano, del adulterio, de la poligamia y del incesto, crímenes favorecidos por dioses impuros, nada consiguió borrar de la Historia y de las tradiciones la arraigada creencia de que la institución del Matrimonio era obra predilecta del Hacedor Supremo. La nación judía, en medio de sus eclipses y sus infidelidades, nos ofrecerá hermosos poemas de bendición y amor en el hogar de los Patriarcas; los Imperios de la Gentilidad nos presentarán Reinas que comparten dignamente en el trono el honor y la gloria del esposo; Grecia y Roma, no obstante sus tremendas disoluciones, harán de sus ceremonias legales para la unión de los cónyuges una escena solemne; y el más famoso Código de la India contendrá artículos tan conmovedores sobre las relaciones y el amor de la familia, que podrían haberlos suscrito los Padres de la Iglesia y los Escritores católicos. Era que la Sabiduría y la Misericordia Infinitas, velando por el hombre que formaron á su imagen y semejanza, mantuvieron siempre en las sociedades enfermas almas naturalmente buenas, conquistadores clementes y justos, legisladores sabios y rectos, algún lucero de la verdad, alguna centella de la virtud, algún rayo de la indeclinable justicia; la esperanza bienhechora, en suma, de gracias sobrenaturales y de regeneraciones fecundas.

Al llegar, Señores, ante los primeros atrios de la Nueva Alianza, nosotros nos encontramos con

el precioso ejemplo de un Desposorio dichosísimo, que inunda al alma cristiana de encantos y consolaciones, y de cuyo suceso extraordinario y bendito vengo á haceros hoy conmemoración y alabanza: es el dulce Desposorio de la Santísima Virgen María con José, el artesano humilde, que era, sin embargo, por los derechos de la sangre, descendiente y heredero de David, el Rey Profeta. En esa unión ejemplar, y ciertamente única, vemos el perfecto tipo de todas las excelencias; la gracia natural de dos voluntades que se unen para formar un solo corazón y un alma sola; el carácter sagrado é imponente del matrimonio hebreo, donde el jefe de la familia hacía el elevado oficio del Sacerdote; el Sacramento bendecido en su día por Jesucristo, y que produce una gracia inefable; los votos virginales y las virtudes celestes de los castos esposos, aceptados por el cielo, coronados por la protección del Altísimo, y ensalzados por los himnos de los ángeles.

Y este estudio, tan instructivo como interesante, podemos condensarlo en la proposición siguiente:

Los Desposorios de la Virgen María nos ofrecen los más ricos modelos para la enseñanza y la ventura de la familia cristiana.

¡Madre mía! Tú, que tienes poder bastante para sacar de las tinieblas la luz, de la confusión

el orden, de las fragilidades del pecado los triunfos de la gracia, alumbra en estos instantes mi entendimiento y mi espíritu. Si mis labios no son puros, si mi corazón no es recto, si mi palabra no es elocuente, consigue al menos para mí el dón de ganar almas que te amen y reverencien, que aspiren por la virtud á gozar de Dios en las mansiones celestiales: súplica que todos te elevemos, saludándote con el Angel del Señor:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

Es dulce y consolador para los espíritus creyentes contemplar en la historia de los siglos la inclinación amorosísima de Dios para con su pueblo, la identificación de la fe y de la esperanza del Mesías con las grandezas y la vida de la Sinagoga hebrea. En la montaña, en el collado, en el valle, en el mar y en el río, el Eterno habla con sus elegidos, llama blanda y constantemente á los extraviados, ofréceles con reiteradas promesas un desposorio indisoluble y suavísimo. Y cuando el Verbo de Dios, el Libertador esperado, objeto y fuerza á la vez de tantos cánticos, de tantos prodigios, de tantos holocaustos, de tantos heroísmos, se prepara á tomar carne humana para restaurar un linaje degenerado en fuerza de sus transgresiones, aquel desposorio de la Ley Antigua con Dios por la fe y el espíritu, comienza ya á iniciarse en forma corporal y visi-

ble, prenda magnífica de una unión más íntima con una Iglesia más perfecta; en un acontecimiento venturoso de otro desposorio santo, vínculo real é indisoluble de dos seres predestinados con especiales gracias para dar á las generaciones todas el Salvador que esperan y el Redentor que necesitan: los Desposorios de la Virgen de Israel con el Varón Justo que la Providencia de Dios ha designado.

Debiendo aquí nosotros penetrar un tanto en el fondo de la Teología católica acerca de los Misterios de la Redención del mundo, diremos, ante todo, que la humanidad caída, la descendencia de unos padres prevaricadores, jefes únicos de todo el linaje humano, no podía ser libertada sino por una criatura inocente que voluntariamente se inmolase en aras de la justicia. Mas como la ofensa fué inferida á un Creador infinito por un hombre finito, y la malicia de la culpa participaba forzosamente de uno y otro carácter, aquella libertad no la podía recibir el mundo sino de un ser divino que descendiese en alas de la misericordia. Es decir, que para tan grandioso y sobrenatural rescate el cielo había de unirse con la tierra, la hechura con su Hacedor, lo Infinito con lo finito, á fin de satisfacer condignamente á la Divinidad ofendida.

Ahora bien: para realizar esta satisfacción que debía prestar un Dios-Hombre, para dar ser y vida á esta Humanidad Redentora, hacía falta

una Madre, y esta Madre, escribe Santo Tomás (1), debía ser una Virgen, á fin de que Jesucristo no tuviera otro padre que su Padre Celestial, de igual modo que únicamente en la tierra pudo tener una Madre, y á fin también de que en el origen temporal de Jesús no pudiera señalarse ni aun la apariencia de una mancha. Y ahora, Señores, imaginad una mujer bastante digna para ser la Madre de ese Dios Encarnado, de ese Verbo Divino, y vosotros la querréis más pura que la flor y que la aurora, y que la gota de rocío que se cuaja en la planta, y que los mismos ángeles del cielo; más dulce que la paloma, y que la tórtola, y que el ruiseñor que canta en la selva; más bella y virtuosa que todas las mujeres celebradas en la Antigua Ley; más ilustre por su cuna que todos los Monarcas de la tierra; y, sin embargo, más humilde, más paciente, más resignada, más heroica que los más altos ejemplares de santidad y grandeza que pudieron brillar en el hogar ó en el templo.

Si nosotros, pues, hermanos míos, quisiéramos formar á la Madre del Mesías tan rica y acabada en todas sus perfecciones, figuraos cómo la querría el Eterno, cómo se propondría formarla el Dios Omnipotente y Altísimo, el Santo de los Santos. ¡Oh y cuán adorable aparece á nuestra mente la sabiduría del Señor en la predestinación de

(1) *Summ.*, pars 3, quaest. 28, art. 1.

esa Criatura augusta! La fe, de acuerdo con la razón, ve resplandecer allí á un tiempo los consejos inefables de la Trinidad soberana, los arcanos recónditos de la generación del Verbo, las imponentes escenas del Edén perdido, las promesas dulcísimas de perdón y clemencia; y luego, una historia de cuarenta siglos, henchida de intervenciones divinas, de sucesos maravillosos, de mujeres admirables que figuran un tipo sobrehumano; de los anuncios proféticos, en fin, del Deseado de las Naciones, con los consuelos de su mediación, con los misterios de su venida, con la fecundidad de sus enseñanzas, con lo pasmoso de sus milagros.

Pero si entraba en los designios de Aquel que es Incomprensible y Sapientísimo, que la Madre del Verbo Encarnado fuera Virgen, que una castidad angelical fuese fecunda, ¿era indispensable asimismo que esta Mujer privilegiada y sin semejante, tuviera un Esposo en la tierra? Los Santos Padres, Señores, en las elevaciones de su piadosa ciencia, si no lo juzgan absolutamente necesario, entienden que ese dulce desposorio era convenientísimo para los fines de la Providencia divina (1). Nazareth, ciudad tan célebre en los fastos de la nación judía; las montañas de Judá, donde habitaban Zacarías é Isabel; las riberas que escu-

(1) *Sanct. Thom.*, pars 3, quaest. 29, art. 1 ad 3. — *S. Ambros.*, lib. I, *Comment. in Luc.*

charon la predicación del Bautista; Cafarnaum la morada habitual del amado Maestro; Caná la ciudad primera que contempló los prodigios de Jesús, obrados por los ruegos de la celestial María, en aquellas bodas de imperecedero recuerdo; estos lugares, digo, no debían sentir nunca el rubor de verse favorecidos y honrados de una Mujer que tuviera en su historia y en su vida ni la más ligera sombra que empañara su nombre. El fariseo hipócrita que odiaba al Salvador, y que en su odio llegaba audaz hasta la injuria y la calumnia, no debía jamás tener armas para dirigir á Jesús el ultraje de un nacimiento ilegítimo. La humanidad de Cristo que, como todos los nacidos de mujer, habría de tener naturalmente su infancia y su adolescencia, necesitaba por imperioso modo de un padre que el mundo conociera, de un custodio fiel, de un amparador fuerte y solícito. El espíritu del mal, el serafín rebelde y las cohortes desventuradas que arrastró en su caída, no debían sospechar en las realidades de sucesos extraños, la aparición sobre la tierra de un Dios Humanado, en tanto que esta Persona divina no entrara en su vida pública como Doctor y Maestro (1), y, por último, entre las aureolas del Mesías debían mostrarse siempre majestuosas la realeza de su estirpe, la gloria sin segundo de su larga ascendencia, la genealogía más brillante

(1) S. Bern.: Homil. 2, super *Missus est*.

de todas las edades y de todos los pueblos; y estos blasones envidiables no podían hacerse completamente notorios sino por el nombre del varón jefe de la familia, según la costumbre inalterable de la nación judía (1).

Y así como el honor de Jesús, su protección y su custodia exigían imprescindiblemente este solemne enlace, lo demandaban al propio tiempo el honor y la dignidad de su Madre, el cuidado de la débil y tímida Doncella, tan querida y tan admirada. María debía tener un esposo, para no ser objeto de las severidades de la Ley y de la persecución impía de los enemigos de Jesús; para ser acompañada á Belén, á Jerusalén y á Egipto; para enaltecer á la mujer cristiana, brillando en todos los estados de la vida; esto es, para ser estrella y modelo de la virgen de los claustros, de la esposa y la madre que resplandecen y edifican en el hogar doméstico por sus tiernas mediaciones y por su incansable diligencia; de la viuda que, con su enlutado velo, su grave continente y el sello de su dolor, merece los respetos de toda alma sensible; para condenar, en fin, anticipadamente los delirios y las blasfemias de aquellos hombres sin ventura, que ya en el reinado del Evangelio osaron obscurecer el hermoso cielo del matrimonio cristiano.

Y es hora ya, Señores, de que nosotros pene-

(1) S. Ambros.: in Luc., III.